
1999, pp. 39-52

Bandeiras y Bandeirantes en Brasil en la época de Felipe II (En el IV Centenario de Felipe II)

Ponencia presentada al Congreso Internacional de Historia de América de La Laguna, 1998

CARLOS SIXIREI PAREDES
UNIVERSIDADE DE VIGO

Introducción

El 16 de Abril de 1581, Felipe II, rey de España y de sus Indias, juraba en Tomar ante las Cortes Portuguesas y con el nombre de Felipe I, guardar y conservar todos los privilegios, leyes usos, costumbres y libertades de Portugal. En los 25 puntos del juramento no se citaba ni una sola vez a Brasil, aunque si varias a la India (puntos 7 y 24). La lejana tierra americana diluía su existencia en vagos términos tales como "praças", "conquistas" etc.

No fue fácil el acceso de Felipe II al trono lusitano. Aquel rey austero, pero no triste y menos siniestro y cruel "siempre de negro hasta los pies vestido" como lo pintó para la posteridad esa exitosa campaña publicitaria a la contra que fue la leyenda negra, era candidato natural y legítimo para suceder como monarca al desgraciado Don Sebastião, víctima de sus fantasías de cruzado en las duras arenas de Alcazarquivir. No era el único, pero era el más poderoso. Carlos Manuel de Saboya, alimentaba delirios de grandeza lo mismo que el Príncipe de Parma pero no contaban con los recursos económicos de que disponía Felipe para doblar voluntades; el Duque de Bragança no tenía intención de enfrentarse al poder militar español sin contar el hecho de que su propio hijo estaba prisionero de los marro-

quies y necesitaba la ayuda de Felipe para rescatarlo. En situación semejante estaba el Prior de Crato, Dom Antônio, nieto ilegítimo de Manuel I, el más ambicioso de los candidatos y el que con más persistencia defendería sus supuestos derechos. En este momento, sin embargo, Dom Antônio no era un peligro, había caído preso en Alcazarquivir y debió su libertad, como la de tantos nobles y caballeros portugueses, a la interesada generosidad de Felipe. Trasladado a la península, permaneció retenido en Sevilla para que no entorpeciera la operación diplomática que ya estaba en marcha. Sin embargo el Prior huiría de su dorada jaula y este hecho motivó un cambio de estrategia y de política.

Para el anciano rey de Portugal, Cardenal Dom Henrique, el tema estaba claro. Frente a la ilegitimidad de Dom Antônio, hijo del Infante Dom Luiz, Felipe de España era hijo de legítimo matrimonio entre el Emperador Carlos y la Princesa Isabel, primogénita del Rey Afortunado y nieta de los Católicos. De hecho su matrimonio celebrado en Sevilla en 1528, tenía como objetivo la unión de todos los reinos peninsulares bajo una misma corona. No se alcanzaría hasta pasado medio siglo, pero, por fin, se estaba a punto de conseguirlo. No había, por lo tanto, dudas. Dom Henrique era consciente de su provisionalidad, no solo por lo avanzado de edad sino porque había accedido al trono como paréntesis para solucionar, entre tanto, y de manera definitiva, la sucesión del reino. El propio rey-cardenal quiso zanjar la cuestión en vida convocando Cortes en enero de 1580. Los representantes del clero y la nobleza no ponían mayores obstáculos a la proclamación de Felipe II como heredero. La Iglesia, y, en especial, los jesuitas, veían en la unión de las coronas un reforzamiento de la causa católica contra la ofensiva protestante; los nobles e hidalgos de Portugal, quien más, quien menos, debían agradecer al rey de España haber pagado el rescate de sus deudos que cayeran prisioneros en Marruecos. Solo los representantes de las ciudades estaban divididos. Mientras la burguesía comercial veía favorablemente las oportunidades que se podían abrir en el Lejano Oriente a la cooperación luso-española en un momento en que la presencia portuguesa en la India comenzaba a peligrar, otros sectores más nacionalistas, temían el poder español y que el reino acabara bajo la influencia y el control de la odiada Castilla.

En plena celebración de las Cortes, Dom Henrique falleció con lo que los planes de acceso pacífico de Felipe al trono por acuerdo de los Procuradores del Reino y sin presión militar, se vinieron abajo.

Felipe no perdió el tiempo. Se preparó un ejército en Galicia al mando del Conde de Benavente. En la frontera Sur, el Duque de Medina Sidonia había reclutado a sus expensas otra tropa de 4.500 hombres. Finalmente, en el centro, por Extremadura, se dispuso el principal contingente bajo las órdenes del Duque de Alba. Sin embargo el rey, a pesar de las noticias de desórdenes que llegaban de Portugal, era renuente a una operación militar y prefería esperar a que el dinero castellano hiciese su efecto entre los procuradores. Hasta de reliquias se echó mano para ganar voluntades, pero las Cortes continuaban dando largas al tema sin decidirse por la presión de los partidarios de Dom Antônio. A Felipe, finalmente, se le acabó la paciencia. A fines de junio, un ejército de 22.000 soldados cruzaba la frontera por Badajoz. A estas alturas, un pequeño grupo de procuradores había proclamado rey a Dom Antônio adhiriéndose a la proclamación muy

pronto las ciudades de Santarém, Lisboa y Setúbal. Francia, además, había prometido ayuda para resistir a la invasión.

Felipe II, una vez que tomó la decisión de invadir, no tuvo piedad. Setúbal y Lisboa fueron asaltadas y saqueadas por las tropas españolas, italianas y alemanas que integraban el ejército real y las fuerzas del Prior de Crato cayeron derrotadas en las afueras de Lisboa y algún tiempo después en Oporto. Nadie podía ya oponerse a su proclamación y las Cortes le tomaron juramento como nuevo rey. La represión que siguió a la derrota fue durísima. Una nueva versión del Tribunal de los Tumultos se instaló en Portugal. Todos los que habían participado en las algaradas anti-felípistas fueron ejecutados o condenados a galeras. Dom Antônio consiguió huir a Francia, pero todos los intentos que hizo para reconquistar el reino resultaron inútiles. Su más firme apoyo, la isla Terceira, caería finalmente en 1583. La totalidad del imperio portugués quedaba sometido y Felipe podía regresar tranquilo a España después de dos años de permanencia en Lisboa. Reflexionando sobre estos hechos a más de cuatro siglos de distancia, no es extraño que aún hoy, la llegada de Felipe II al trono luso se vea, desde la perspectiva portuguesa, más como el resultado de una conquista militar que como resultado de la sucesión legítima que, en derecho, le correspondía.

Como indicamos antes, Brasil ni era citado en el documento de jura de Felipe II, ¿qué era Brasil para los portugueses en 1580?

Brasil en el siglo XVI

Desde el viaje accidental o intencionado (es una cuestión del todo irrelevante) de Pedro Alvares Cabral en 1500 al de Martim Afonso de Souza en 1532, el territorio brasileiro es un área marginal en las preocupaciones imperiales de la Corte de Lisboa. No había oro ni la tierra parecía atractiva para empresas colonizadoras. La descripción que hace de los indígenas Pero Vaz de Caminha en su carta al rey Dom Manuel, se parece en muchos aspectos a la primera carta de Colón anunciando el descubrimiento. El gusto por la maravilla y el misterio, inseparable de la literatura de viajes de la época de los descubrimientos a duras penas ocultaba que tras la "*gente boa... e de boa simplicidade*" (Pero Vaz) y la "*temperança suavíssima y las tierras y los árboles muy verdes y tan hermosos como en Abril en las güertas de Valençia*" (Colón) no había las soñadas riquezas minerales ni las ciudades retejadas de plata de la fantasía medieval ni las ambicionadas especies ¹.

Por esa razón, y una vez asegurada la soberanía portuguesa de la Tierra de Santa Cruz, como fue inicialmente bautizada, el rey se despreocupó de sus nuevas posesiones y para su explotación recurrió a un método ya utilizado con anterioridad: El arrendamiento de las exploraciones a particulares. Pietro Rondinelli, en carta de 2 de octubre de 1502, informaba que "*O rei de Portugal arrendou a terra... a certos cristãos novos, que são obrigados a mandar todos os anos seis navíos a descobrir 300 léguas adiante e a fazer uma fortaleza no território descoberto*

¹ Cfr.: Sérgio Buarque de Holanda: *Visão do Paraíso*. C.E.N.-EDUSP, São Paulo, 1959.

*e manté-la nos ditos três anos; e no primeiro ano nada pagam, no segundo 1/6, no terceiro 1/4, e fazem conta de trazer pau-brasil e escravos*². La clave del interés comercial estaba ahí: Palo-brasil, madera que acabaría dando su nombre a la nueva tierra, y esclavos indios. Los indígenas, en opinión de los portugueses de la época, podían ser una interesante fuente de beneficios y su captura y venta en Portugal se presentaba como un lucrativo negocio. Igual que pasó con los indios de las Antillas, no tardarían en darse en cuenta que aquellos esclavos, resultaban muy poco rentables. El eco de la frustración todavía resuena en las páginas de alguna historiografía contemporánea: " *O rendimento econômico do processo de dominação político-militar das populações indígenas, era muito menor do que o dos escravos africanos, á medida em que inexistia praticamente a seleção de mão de obra*"³

Con enorme rapidez, la imagen de los indios cambió: De seres inocentes y hermosos pasaron a salvajes " *tatuados e adornados de penas, armados de clava e arco, incapazes de submeter-se á disciplina dum trabalho continuado*"⁴

Sin embargo, en el reinado de João III la monarquía portuguesa comienza a interesarse de manera más decidida por aquellas tierras lejanas y hostiles. Había varios motivos:

La costa brasileira fue escenario de una lucrativa actividad de "escambo" (similar al rescate castellano) o se limitó a ser una parada de aprovisionamiento en la ruta hacia la India. Pero el hecho de que no se hubieran establecido poblados permanentes de colonos portugueses, atrajo la atención de otros países que vieron en Brasil la puerta abierta para comerciar con las tierras del nuevo continente. Los franceses, especialmente, organizaron expediciones en las que se mezclaba la actividad corsaria con la comercial. En 1526 la Corte de Lisboa recibió noticias de que en Francia se preparaba una escuadra de diez navíos con la intención de dirigirse al Brasil. Algunos meses después João III enviaba a Cristovão Jaques al mando de seis buques para combatir a los franceses. En Bahía se encontraron con dos embarcaciones de esta nacionalidad que fueron hundidas tras árduo combate. Los excesos cometidos con los franceses llevaron a Francisco I a presentar una protesta diplomática. Sin embargo se debe destacar que según historiadores portugueses, el daño que los corsarios franceses infligían a los navíos lusos era cuantioso, estimado en 300 navíos apresados y más de un millón de cruzados en oro en pérdidas.

Junto al peligro francés había otro más inmediato: La llegada de los españoles al Rio de la Plata, territorio que, de acuerdo a la interpretación que se hacía en Portugal del Tratado de Tordesillas estaba dentro del área de soberanía lusa.

Por último, la conquista de México abrió un mundo desconocido que superaba las más calenturientas fantasías de los europeos. Portugal ambicionaba encontrar riquezas y reinos semejantes en el, hasta entonces, olvidado Brasil.

² Citado por Jaime Cortesão en *Os descobrimentos portugueses*, 2 Vol. Ed. Arcádia, Lisboa, 1958-61

³ Manoel Maurício de Albuquerque: *Pequena História da Formação Social Brasileira*. Ed. Graal, Rio de Janeiro, 1986.

⁴ Jaime Cortesão, *História da expansão portuguesa*. Imprensa Nacional-Casa da Moeda, Lisboa, 1993.

Estos factores unidos a las voces que reclamaban una mayor atención hacia la colonia trasatlántica en la que ya habían aparecido, al final de la década de los 20, los primeros núcleos estables de población portuguesa y mameluca (nombre dado a los mestizos)⁵, decidieron a João III a enviar en diciembre de 1530, una expedición de cinco barcos (dos naos, un galeón y dos carabelas) al mando de Martim Affonso de Sousa "para colonizar a terra e fazer respeitar o seu pendão por aquêles mares".

El proyecto real consistía en poblar Brasil utilizando el sistema tradicional de Capitanías donatarias, doce en total, que se extendían desde el río Amazonas hasta São Vicente. La distribución de estas franjas de tierra de una anchura de 50 leguas de litoral y que llegaban por el interior hasta la imaginaria línea de Tordesillas (de incierta ubicación, por lo demás), comenzó en 1534. De todas ellas, solo cuatro estaban llamadas a tener éxito por diferentes razones: Las Capitanía de São Vicente, Río de Janeiro, Pernambuco y Bahía.

Fue durante la expedición de Martim Affonso de Souza cuando nacen las bandeiras en Brasil, esa modalidad de expedición al interior con la finalidad de capturar indios para hacerlos esclavos. Martim Affonso envió una tropa tierra adentro desde la isla de Cananéia integrada por 40 ballesteros y otros tantos espingarderos al mando de Pero Lobo para regresar al cabo de diez meses con cuatrocientos indios esclavos cargados de oro y plata de acuerdo a las riquezas que imaginaban se podían encontrar. No regresarían nunca. La primera "bandeira" de la que tenemos noticia fue completamente destrozada por los indios carijós⁶

El sistema de capitanías no tuvo el éxito esperado. Los donatarios recibían un extenso territorio, aunque desigual, sobre el que ejercían jurisdicción criminal y civil. La propiedad era inalienable, indivisible y sujeta a leyes de sucesión que la aproximaban, de hecho, a un mayorazgo. El beneficiario estaba obligado a repartir tierras en sesmarías que estaban exentas de cargas señoriales con excepción del diezmo a la Iglesia y a la Orden de Cristo y con obligación, por parte del receptor, de poner las tierras en producción en un plazo no superior a cinco años. Hubo múltiples razones que explican el fracaso de esta experiencia: Algunos donatarios no llegaron a tomar posesión de las capitanías o se desentendieron de ellas; la resistencia indígena a la fundación de colonias estables (el cronista alemán Hans Staden tuvo ocasión de asistir, y posteriormente contar, el cerco indio a la población de Iguaraçu)⁷, las dificultades de organización económica, los ataques de corsarios a las factorías costeras etc. Todo ello forzó a la monarquía a una nueva vuelta de tuerca en el proceso de colonización del Brasil y en 1548 se crea el Gobierno General con Tomé de Sousa como primer gobernador. Ese año marca la definitiva colonización del territorio. Era urgente, a aquella altura, la reac-

⁵ Alonso de Santa Cruz, que había recalado en la Isla de San Vicente durante la frustrada expedición a las Molucas de 1526- 1527 comandada por Sebastián Caboto, escribió: "Dentro del Puerto de San Vicente ay dos yslas grandes habitadas de Indios... Em la occidental tienen los Portugueses un pueblo dicho de San Vicente de hasta diez o doce casas y una hecha de piedra con sus tejados, y una torre para se defender de los Indios en tiempos de necesidad"V, Alonso de Santa Cruz: *Yslario General*

⁶ Cfr. Antônio Paulino de Almeida: *Memória Histórica sobre Cananéia, 2 Vol.* Coleção da Revista de História da Universidade de São Paulo, Vol. XXVI, São Paulo, 1963.

⁷ Hans Staden: *Duas viagens ao Brasil*. Ed. Itatiaia-EDUSP, Belo Horizonte, 1986.

ción de Lisboa pues los franceses no cesaban de amenazar la soberanía lusa y de hecho, una colonia de hugonotes se instaló en 1555 en la bahía de Guanabara (Isla de Serigipe) a iniciativa de Nicolás Durand de Villegagnon. La expulsión de los franceses no se conseguiría hasta diez años después en una dura campaña para la que se enviaron refuerzos desde Portugal.

La nueva estructuración administrativa, permitió la rápida expansión de los núcleos de poblamiento a costa de las tierras indias. Los jesuitas, presentes en Brasil desde la expedición de Tomé de Sousa, tomaron a su cargo la pacificación de las tribus mediante aldeamientos pero esta concentración favoreció el contagio de enfermedades europeas frente a las cuales los indios no tenían la menor defensa biológica. Las espantosas epidemias de viruela y sarampión de 1562 y 1563 redujeron entre un tercio y la mitad a la población india que vivía en los aldeamientos del "sertão" bahiano y los sobrevivientes abandonaron a los jesuitas para regresar a la selva⁸. A las epidemias hubo que añadir las campañas de "pacificación" como la que llevó a cabo Mem de Sá, tercer Gobernador General, contra los indios caeté para vengar la muerte del primer obispo de Brasil, Pedro Fernandes Sardinha, que había sido asesinado y devorado seis años antes por esta tribu⁹.

La última reforma administrativa del territorio brasileiro con anterioridad a la unión ibérica, se realiza en 1573, año en que el rey Dom Sebastião divide el llamado "Estado do Brasil" en dos reparticiones diferentes: La del Norte con capital en Bahía y la del Sur con sede en Rio de Janeiro. Se pretendía con esta reforma fomentar el poblamiento del litoral aún no ocupado e impedir el establecimiento de comerciantes franceses. Esta repartición dura hasta 1578 en que vuelve nuevamente a imponerse la unidad administrativa del Brasil con la capitalidad en Bahía.

En vísperas de la unión entre Portugal y España, el territorio brasileiro era ya una rica colonia, especialmente en el Nordeste, ambicionada por otros países europeos. La exportación de azúcar alcanzaba las 350.000 arrobas/año¹⁰ con un precio promedio de 700 reis por arroba en Bahía y el doble en Lisboa. La llamada "Várzea" de Pernambuco tenía unos 100 ingenios y casi otros tanto el Recôncavo bahiano trabajados, en su inmensa mayoría por mano de obra esclava procedente de Africa. Además existían otros, en menos cantidad en torno a Rio de Janeiro y en el litoral de Sergipe. Si bien, de acuerdo a los cálculos de Magalhães Godinho, en 1580 los ingresos fiscales de la Corona en Brasil representaban solo el 2,5% del total frente al 26% que aportaba la India, el territorio tenía un enorme potencial y el nivel de la opulencia de los señores de ingenio de Pernambuco y Bahía se había

⁸ Las relaciones entre portugueses e indios están magníficamente descritas en la obra de John Hemming: *Red Gold: The conquest of the Brazilian Indians, 1500-1760*. Harvard University Press, 1978

⁹ Diversos historiadores han señalado que los motivos reales de la operación de Mem de Sá no fueron tan santos. Al parecer los colonos portugueses estaban exasperados por la carencia de mano de obra indígena de la que culpaban a los jesuitas que reducían a los indios en aldeas y los protegían de la esclavitud. Los caeté habían sido parcialmente "reducidos" pero su pecado original era una excelente excusa para saquear los aldeamientos jesuíticos y conseguir indios aculturados y pacificados. Por otra parte el Obispo Sardinha no parece haber contado con la simpatía de la población portuguesa y un historiador nacionalista como Cortesão lo califica de "elemento perturbador na vida da colônia". Cfr. J. Cortesão, O.C. en Nota 4

¹⁰ Cfr.: Frédéric Mauro: *Portugal, o Brasil e o Atlântico (1570-1670)*, Vol.I. Ed. Estampa. Lisboa, 1997.

convertido en una leyenda entre los "reinois" que, cada vez en mayor cantidad, aflúan a la nueva tierra de promisión¹¹. Aproximadamente 29.000 pobladores blancos existían en 1580 en la zona litoral y áreas próximas. Unos 10.000 negros entraron en Brasil entre 1550 y 1580. A ello habría que añadir la población indígena y mestiza de difícil cuantificación. El entorno político de Felipe II conocía bien esta realidad. El P. Cardim no ocultaba su entusiasmo: "*Este Brasil é já outro Portugal pelas muitas comodidades que de alá vem*" refiriéndose, evidentemente, a los ricos hacendados, más vanidosos, en su opinión, que los hidalgos del Reino y que gozaban de importantes fortunas¹².

Bandeiras y Bandeirantes

Las bandeiras son expediciones armadas que, desde el S. XVI al XVIII exploraron el interior del Brasil en busca de metales preciosos o de indios para esclavizar¹³. Para algunos historiadores es conveniente distinguir entre las "entradas" y las "bandeiras" propiamente dichas, las primeras serían de carácter oficial y tendrían una misión pacificadora o de reconocimiento del territorio, mientras que las segundas eran de iniciativa privada, revistiendo formas mucho más espontáneas en su organización y tenían una finalidad depredadora. Otros, sin embargo, no distinguen en su naturaleza ninguna diferencia y la distinta denominación obedece solo al marco geográfico en que se desarrollaron (entradas en Maranhão y área amazónica, bandeiras en São Paulo). De hecho, a lo largo del S. XVI entradas y bandeiras se confunden en su misión: Si por una parte la demanda de mano de obra para las plantaciones de azúcar exigía una constante aportación de esclavos indígenas para equilibrar el déficit de africanos, por otra, la Corona portuguesa no perdió la esperanza de encontrar oro y grandes civilizaciones indias al estilo de lo que ocurriría en la América española. Conseguir indios y descubrir oro fueron los motores del mal llamado "bandeirismo prospector" que define esta etapa de expansión territorial. En el Sur del Brasil los valles de los ríos Tietê y Paraíba do Sul fueron las vías naturales utilizadas por los paulistas para penetrar hacia el interior. En el Norte y Nordeste los ríos San Francisco y Amazonas cumplieron función similar. En ambos lados los bandeirantes se encontraron con un obstáculo a su penetración: Las misiones jesuíticas.

La Carta Regia de 1570 legalizó la esclavitud indígena poniendo como única condición que los indios fueran capturados en "guerra justa" considerando como tal no solo los actos defensivos de los colonos frente a posibles agresiones de los indígenas sino también las expediciones punitivas organizadas para atacar tribus consideradas hostiles. Cuatro años después la Cámara Municipal de Bahía establecía que la guerra justa debería ser llevada a cabo por capitanes con sus tropas o

¹¹ Vitorino Magalhães Godinho: *Os Descobrimentos e a Economia Mundial*, 4 Vol. Ed. Presença, Lisboa, 1981-83.

¹² Fernão Cardim: *Tratados da terra e gente do Brasil*. Ed. Brasiliense, São Paulo, 1939.

¹³ Luis de Albuquerque (Dir.): *Dicionário de História dos Descobrimentos Portugueses*. Vol.I, Ed. Caminho, Lisboa, 1994.

por grupos de civiles autorizados por la propia Cámara. Esta decisión legalizaba las expediciones de saqueo y apresamiento abriéndolas a la iniciativa privada.

Los ataques sistemáticos contra las poblaciones indígenas y la práctica jesuítica de las reducciones causó un desastre demográfico. El P. Anchieta, apóstol de los indios, pero que no vió con malos ojos su sometimiento por la fuerza cuando los esfuerzos de pacificación de los religiosos fracasaron¹⁴, se espantaba, en 1583, del número de indios muertos en la capitania de Bahía: "*Parece coisa que não se pode crer; porque nunca ninguém cuidou que tanta gente se gastasse* (obsérvese, de paso la utilización del verbo "gastar" en vez de "morror") *nunca quanto mais em tão pouco tempo*". Anchieta se refería expresamente a los indios de las misiones que llegaron a ser 40.000 repartidos entre 14 aldeas y que a la altura en que el buen Padre escribe se habían reducido a 3.300 en tres asentamientos. La mortandad había sido tal (un 91% de los cristianizados) que solo lo explicaba como un castigo de Dios sobre los colonos por sus pecados "*vendo tantos insultos como são feitos e se fazem a estes indios*". Es decir, Dios había decidido castigar en el bolsillo a los portugueses... matando indígenas para que quedaran sin esclavos¹⁵.

Los "insultos" a que se refería el P. Anchieta, que en ese momento era Provincial de la Compañía en Brasil y tenía excelentes fuentes de información de todo lo que ocurría referente a los indios, se centraban, especialmente, en los ataques que los bandeirantes realizaban contra las misiones jesuítica, sobre todo en Guairá y Paraguay. Desde 1553 los paulistas habían dirigido "razzias" contra los establecimientos de los Padres en estas áreas. Las protestas y las presiones ante las Cortes de Lisboa, primero, y de Madrid después resultaron un fracaso. De hecho, el propio Felipe II alentaba la esclavización de indios tal como se desprende de los "Capítulos" de Gabriel Soares de Sousa: "*E permite El-Rei que sejam estes indios por estar certificado da sua vida e costumes que não são capazes para serem forros, e merecem que os façam escravos pelos grandes delitos que tem cometido contra os portugueses... Além desta razão, estão os reis informados que se não pode sustentar este Estado do Brasil sem nele muitos escravos do gentio da terra para se granjearem os engenhos, e fazendas dela, porque sem este favor despovoar-se-á, ao que os padres não querem ter respeito, porque eles são os que tiram proveito deste gentio, porque os trazem a pescar ordinariamente ... e a caçar, e nos seus currais lhes guardam e cercam as vacas, éguas e porcos; trabalham-lhes em suas olarias ... com os carros e as roças, e no inverno andam-lhes pelas praias buscando ambar no que lhes dão muitos proveitos*"¹⁶.

Había, por lo tanto, un conflicto entre jesuitas y bandeirantes por el control de la mano de obra indígena. Los jesuitas, con el argumento de la pacificación y la cristianización, pretendían aislar a los indígenas en reducciones en los que aprendían oficios y, al mismo tiempo, trabajaban en las plantaciones o como cuidadores de rebaños, de manera gratuita. Las reducciones no solo impedían que la mano

¹⁴ Anchieta: *Cartas*: "Para este gênero de gentes não há melhor pregação do que espada e vara de ferro"

¹⁵ Cfr.: Berta Ribeiro: *Os Índios na História do Brasil*. Ed. Global, São Paulo, 1993

¹⁶ Gabriel Soares de Sousa: *Os capítulos que deu em Madri... contra os Padres da Companhia de Jesús que residem no Brasil (1584)*. Citado por Inés da Conceição Inácio e Tania Regina de Luca: *Documentos do Brasil Colonial*. Ed. Atica, São Paulo, 1993.

de obra indígena fuese esclavizada por los bandeirantes sino que se habían convertido en competidores desleales en los mercados europeos exportando enormes cantidades de azúcar, "drogas do sertão", especias y otros productos que se pagaban a altos precios. Por su parte, para los bandeirantes, los indios de las reducciones eran una tentación demasiado fuerte: Apaciguados, cristianizados y con reconocidas habilidades laborales, eran una mano de obra muy codiciada y de la que se podían obtener espléndidos beneficios. Si para los jesuitas los indios eran "*menores necessitados de regência*", para los bandeirantes eran "*remédio principal que nesta terra os homens tem*". Al final, en palabras de uno de los más ilustres historiadores del bandeirismo, Alcântara Machado, "*a malícia dos homens brancos transformou em escravidão, disfarçada ao princípio e ao depois desabusada e franca, o regime tutelar idealizado pelos criadores do instituto*"¹⁷.

En el último cuarto del S.XVI, como ha demostrado Taunay en su monumental "História das bandeiras paulistas" y Buarque de Holanda en un bellissimo trabajo titulado "Caminhos e fronteiras", son muy frecuentes ya los legados de indios en los testamentos de los propietarios de tierras tanto del Norte como del Sur. En São Paulo., el más antiguo en el que aparecen es de 1578 y se refiere a indios tamoios. Y a fines del reinado de Felipe II se multiplican las referencias a esclavos pertenecientes a las múltiples naciones del tronco tupí. El mercado paulista, en los años noventa, tenía abundancia de esclavos indios para su venta por el incremento de las "entradas" y las bandeiras contra las misiones jesuíticas.

De entre las múltiples expediciones de estos años destacan sobre todo las de Jerónimo Leitão en 1585 y la de Afonso Sardinha (padre e hijo) a comienzos de la década de los 90. Todas ellas, por su importancia, aparecen como precursoras de las grandes expediciones comandadas, ya en el S. XVII, por el más grande de los bandeirantes de la Historia del Brasil, el portugués Antônio Raposo Tavares.

Jerónimo Leitão, portugués, fue morador de la Casa de D. João III y Gobernador de la Capitanía de São Vicente de 1572 a 1592. Muy amigo de los jesuitas, los habitantes de la Capitanía juzgaban que no actuaba con suficiente energía para reprimir a los indios levantiscos. La expedición de 1585 fue resultado de estas presiones. En Junio de ese año se reunieron en la capilla del ingenio de los Erasmos, el gobernador y un nutrido grupo de representantes de São Paulo, São Vicente y Santos decidiendo en la misma hacer una entrada contra los indios carijós y tupinaés. Entre los firmantes del acuerdo estaban Afonso Sardinha (P.), el sacerdote Sebastião de Paiva y cuatro colonos de origen español: Francisco Martínez o Martins Bonilla, Diego de Oñate, Juan de Cádiz y Francisco Casado, éstos dos últimos, cristianos nuevos¹⁸. Partiendo de Santos a mediados de noviembre la expedición penetró en el "sertão" de Curitiba en el que permaneció ocho meses al cabo de los cuales regresó a São Paulo con numerosos indios prisioneros. En 1590 volvió a organizar otra que comandó personalmente, contra los tupiniquin del río Tietê. En 1591 preparaba una más a realizar el año siguiente pero fue sustituido en el cargo de Gobernador. Según Rio Branco, Leitão destruyó una población indígena de 30.000

¹⁷ José de Alcântara Machado: *Vida e Morte do Bandeirante*. Livraria Martins Editôra, São Paulo, 1972.

¹⁸ Ver: Francisco de Assis Carvalho Franco: *Dicionário de bandeirantes e sertanistas do Brasil*. EDUSP, São Paulo, 1989.

almas en las diversas campañas haciendo a la mayoría de estos indios, prisioneros para su venta como esclavos¹⁹. El mismo era el más importante dueño de indios de la Capitanía a los que hacía trabajar en las plantaciones de caña de su propiedad y en la búsqueda de oro aluvial en Jaraguá.

Sardinha "o Velho" era portugués, amigo del P. Anchieta a quien había prestado esclavos indios para que le ayudasen a construir el camino que unió Santos con São Paulo. Además de participar, como ya quedó indicado, en la expedición de 1585, comandó una en 1592 en el sertão de Parnaíba que duró cuatro meses. Fue el primer paulista propietario de trapiches de azúcar trabajados por indios y por los que pagaba importantes derechos a la Hacienda Real. Con los indígenas que hizo prisioneros en su expedición, fundó la aldea de Carapicuíba. Su hijo natural, Afonso Sardinha "o Moço" ganó fama como iniciador del ciclo de explotación de oro, gran obsesión bandeirante, en la Sierra de Mantiqueira entre 1589 y 1600. La última entrada en São Paulo, en tiempos de Felipe II, la protagonizó, a comienzos de 1598 este personaje, al mando de una expedición en la que participaban muchos moradores de São Paulo y más de cien indios con la intención de obtener esclavos y descubrir minerales preciosos llegando hasta Minas Gerais donde consiguió un gran botín de indígenas de la tribu Piés Largos. Sardinha, con su hijo Pedro, también gran bandeirante, explotó las minas de oro de Jaraguá de las que llegó a obtener beneficios por más de ochenta mil cruzados anuales.

En el Norte destacan diversos aventureros y expedicionarios: Cristovão de Barros, paulista y con grandes posesiones en las que trabajaban más de diez mil indígenas esclavos, comandó en 1591 una de las mayores entradas de las que se tienen noticias en estos años con numerosísimos hombres de armas e incluso seis piezas de artillería, armamento nada frecuente en este tipo de expediciones. Penetró en el interior de Sergipe matando a todos los indios que encontró. Una vez sometido el territorio fundó la capitanía de este nombre permaneciendo en ella como su primer "Capitão-mor". Martim Leitão, fue una de las principales figuras de la conquista de Paraíba del Norte entre 1584 y 1587. Miguel de Azeredo dirigió bandeiras de exterminio contra los goitacaces, por lo que recibió en recompensa un blasón de armas. Diogo Martins Cão, conocido con el nombre de "Matante Negro" por su crueldad con los indios. Belchior Dias Carneiro, uno de los más notables bandeirantes de su tiempo, descubridor de minas de oro en Parnaíba. Simão Falcão, el mayor depredador de indios en Bahía entre 1580 y 1595. Sebastião Marinho, descubridor, en 1592, de las minas de hierro de Araçoiaba y que fue de los primeros exploradores que penetraron en la meseta de Goiás; el castellano Diego de Miranda, cazador de indios aimorés por lo que consiguió varias sesmarías en la Capitanía de Ilheus etc.

Otros tuvieron peor suerte. A este grupo pertenecen gentes como Antônio Dias Arenso, capitán de una desgraciada expedición en 1590 contra los indios carijós y que acabó en un completo desastre; João Pereira de Sousa Botafogo, capitán de una tropa que se dirigió a la descubierta de la legendaria Sierra Dorada de Sabaraboçú y acabó preso por falsificar documentos oficiales; Antônio de

¹⁹ Afonso de E. Taunay: *História das bandeiras paulistas*, 2 Vol. Ed. Melhoramentos, São Paulo, 1975

Macedo, paulista, muerto por los indios de Mogi durante la expedición que había organizado contra ellos en 1590, bajo su mando iba el gallego Jorge de Barros Fajardo, quien sobrevivió al desastre siendo, posteriormente, jefe expedicionario contra los indios temiminós entre los que hizo numerosos esclavos; Gaspar de Abreu, muerto en lucha contra los indios de Sergipe; el gran cronista Gabriel Soares de Sousa, autor del más admirable libro sobre el Brasil quinientista y que pereció durante la expedición a las nacientes del río Paraguaçu²⁰ y una larga lista de fracasados que, sin embargo, hicieron posible, a pesar de su fracaso, la expansión territorial portuguesa.

Una de las figuras más curiosas del mundo bandeirante de fines del siglo XVI es la del marino inglés Anthony Knivet, quien participó en la expedición corsaria de Thomas Cavendish contra el puerto de Santos en 1591. Prisionero de los portugueses entró como criado del Gobernador Salvador Corrêa de Sá "o Velho". Mientras permaneció en Brasil participó en siete entradas en territorio indígena. En 1596 cayó prisionero, junto con otros portugueses, de los indios tamoios quienes solo respetaron la vida de Knivet porque se declaró francés y los indios se habían aliado con los franceses en tiempos. La permanencia de Knivet en Brasil fue extraordinariamente aventurera protagonizando varios intentos de fuga que acabaron mal hasta que, por fin, en 1602 pudo embarcarse para Lisboa y, de allí, regresó a Inglaterra. Veinte años más tarde escribiría sus experiencias en una de las obras fundamentales para el conocimiento del Brasil de la época de Felipe II en la que, entre otras cosas, deja claro que las bandeiras no eran hordas desorganizadas de cazadores de indios sino que se trataban de expediciones muy organizadas que obedecían a una severa disciplina militar y se regulaban por una especie de legislación consuetudinaria²¹.

El halo heroico con que la posterior historiografía revistió al bandeirismo no logra ocultar, sin embargo, su carácter específicamente económico. Incluso un historiador tan vinculado a los intereses de la oligarquía paulista como fue Alfredo Ellis Júnior, no duda en reconocer este hecho aunque aproveche la ocasión para incidir en el carácter "nacional" del fenómeno olvidando que la mayor parte de los grandes capitanes de bandeiras eran portugueses (y judeoconversos) y que en sus filas había un número significativo de españoles: "*O bandeirismo de preia foi un fenômeno essencialmente econômico e nada teve de português nem de aventura nem de idealismo. Pelo contrário, foi un fenômeno predominantemente nacional, ou crioulo, e absolutamente de fundo econômico*"²².

Ni fue un fenómeno nacional ni fue un fenómeno criollo. Si lo fue en cambio de fondo (y superficie) económico. Los bandeirantes nunca ocultaron sus intenciones y nunca a ninguno se le ocurrió justificar sus ataques contra el "gentío" con el argumento de la civilización o la cristianización. Eso quedó para jesuitas y funcionarios reales. El bandeirismo es un fenómeno típico de fronteras en expansión, una manifestación de pionerismo que benefició a la Corona Portuguesa al hacer saltar

²⁰ Gabriel Soares de Sousa es autor del conocido *Tratado Descritivo do Brasil*

²¹ Anthony Knivet: *Vária fortuna e estranhos fados de...* Ed. Brasiliense, São Paulo, 1947

²² Citado por Júlio José Chiavenato: *Bandeirismo: Dominação e violência*. Editora Moderna, São Paulo, 1996.

por los aires en muy poco tiempo los límites del Tratado de Tordesillas cuyas imprecisiones permitieron esta expansión a cargo de los que Gilberto Freyre bautizó con el nombre de "fundadores horizontales"²³, e inconscientes, añadiríamos, de la nacionalidad brasileña.

Los bandeirantes tenían, además, una visión inmediatista de sus proyectos. No obedecían a ningún gran plan de dominio territorial, aunque finalmente desembocara en ello. Esta especie de industria del secuestro a gran escala era practicada porque rendía cuantiosos beneficios y rápidamente se convirtió en la alternativa a la industria agroazucarera que en los territorios del Sur de Brasil era muy poco rentable. Los ingenios no prosperaban por las dificultades de comunicación con el litoral y porque el clima en el que son relativamente frecuentes las heladas en invierno, no favorecía la producción. En el pecado, sin, embargo, llevaron la penitencia. Las ganancias obtenidas no se invirtieron en el desarrollo de la capitania sino en organizar nuevas expediciones o en prospecciones mineras. Cuando a fines del S. XVII se descubre oro en Goiás y Minas Gerais, la economía paulista se hundió y quedó condenada a buscar nuevas alternativas en el suministro a los centros mineros. La derrota paulista en el conflicto "emboaba", a comienzos del S. XVIII, marcó el triunfo, por esa centuria de un nuevo modelo económico basado en el azúcar del Nordeste y la producción de oro y diamantes en las mesetas centrales. El propio bandeirismo se desplazó, con otro nombre (sertanismo) al Norte y Nordeste buscando la penetración hacia el área amazónica.

Organizar una bandeira exigía fuertes inversiones y tenía, por lo tanto, un carácter de empresa capitalista en la que figuraba un "armador" o varios que establecían la "armação", es decir, el capital necesario con el que se compraban armas, vituallas, utensilios variados e indios esclavos, en fin, todo lo que se precisaba para poder llevar adelante la expedición con posibilidades de éxito. Una parte muy importante del material transportado lo constituían los grilletes y hierros con que sujetar a los indios, principal objetivo de la campaña. En múltiples documentos conservados, desde testamentos a contratos, se especifica con todo detalle la inversión que realizaban en estas expediciones los "armadores" que, a veces también participaban personalmente y en otras ocasiones se quedaban aguardando las ganancias establecidas previamente de acuerdo al valor de la inversión. El cronista Fernão Cardim lo cuenta con gran claridad: "*Juntam-se três ou mais pessoas e cada uma entra com sua parcela e pedem ao governador licença para embrenhar-se no sertão a fim de trazer indios livres. Chegados ao mar os que escaparam com vida logo os dividem entre si... cada um leva seu quinhão para suas fazendas, uns cen, outros duzentos, outros trinta, todos de acordo com a parcela de investimento*"²⁴.

El interés económico de estas actividades fue tal que el propio Gobernador General, Francisco de Sousa, se mudó en 1599 a São Paulo para financiar expediciones en busca de oro o de metales económicamente atractivos, además de participar como "armador" en entradas para prender indios.

²³ Gilberto Freyre: *Nôvo Mundo nos Trópicos*. Companhia Editôra Nacional, São Paulo, 1971.

²⁴ Fernão Cardim: *Tratado da Terra e Gente do Brasil*. EDUSP, São Paulo, 1979

También se debe destacar la importante presencia de cristianos nuevos en las bandeiras. Brasil nunca fue un territorio bien controlado por la Inquisición que se limitó en sus visitas al Nordeste. El Sur, en consecuencia, se presentaba como una tierra de promisión y libertad para los que temían indagaciones del Santo Oficio. De hecho los cristianos nuevos están presentes desde los primeros momentos pues los arrendadores del negocio del palo-brasil en 1501 fueron un grupo de ellos comandados por Fernão de Noronha. En los S. XVI y XVII los cristianos nuevos estaban tan extendidos en Brasil que en el momento del conflicto de los emboabas en Minas Gerais, los líderes de cada uno de los bandos enfrentados eran judíos conversos: Manuel Nunes Viana en el lado bahiano-portugués y Jerônimo Pedroso de Barros en el paulista. Fueron también cristianos nuevos los que descubrieron los accesos hacia los ricos territorios auríferos del centro del país como es el caso de García Roiz Pais. En el ambiente poco regimentado de São Paulo, la mezcla de cristianos nuevos con indios fue muy frecuente y desde luego a una escala que no se dio en otras partes de América.

La expansión bandeirante, que se inicia en la segunda mitad del S. XVI y adquiere una gran importancia durante el reinado de Felipe I de Portugal resultó un gravísimo contratiempo para los intereses españoles en América. El rey español no intervino demasiado en los asuntos de Brasil y su actuación se limitó a la defensa del territorio frente a los ataques de otras potencias europeas. Solo los jesuitas aparecieron como el dique de contención de los paulistas y no resultaron suficientemente fuertes a pesar de su denodada defensa de las misiones. El resultado fue que en poco tiempo no solo se había superado la línea de Tordesillas convirtiendo al Tratado en papel mojado sino que los portugueses se instalaron próximos al Río de la Plata poniendo en peligro una vía vital para la penetración española hacia el interior y el dominio del Paraguay (1553) e incluso amenazando al Virreinato del Perú. La escasa atención prestada a este fenómeno por la Corte española alentó el expansionismo bandeirante al que se debe, en gran parte la construcción territorial del Brasil. Y todo ello recibió el primer gran impulso en los tiempos de Felipe II, rey de España y, desde 1580, de Portugal. Los sucesivos tratados de límites del S. XVIII entre Madrid y Lisboa solo confirmaron esta situación.

Resumen

La unificación de las Coronas de España y Portugal en tiempos de Felipe II, coincide en el tiempo con el inicio de la expansión bandeirante, fenómeno de extraordinaria importancia para comprender la ampliación del espacio luso en América más allá de los límites acordados en el Tratado de Tordesillas. Aunque manteniendo una orientación económica (la caza de indios y la búsqueda de minas de oro), los bandeirantes, especialmente los paulistas, fueron los responsables de la construcción del Brasil. En términos geopolíticos su actividad depredadora resultó muy perjudicial para los intereses españoles cuyo dominio territorial sobre la cuenca del Paraná-Paraguay estuvo en peligro y de hecho se llegó a discutir el dominio del Río de la Plata tanto en el terreno diplomático como en el de las acciones de guerra.

El llamado "bandeirismo de prospección" que se desenvuelve en la segunda mitad del S. XVI tuvo una importante participación de cristianos nuevos huidos de Portugal y que hicieron de esta actividad la alternativa económica a la poco rentable industria agroazucarera. Funcionando como una empresa capitalista, la "bandeira" nutría de esclavos indios a las plantaciones del Nordeste, a las minas que se iban descubriendo y a las propias haciendas de los paulistas generando enormes beneficios que, sin embargo, no se llegaron a invertir en el desarrollo de la Capitanía de São Vicente la cual, desde el punto de vista del crecimiento económico, permaneció, durante todo el periodo colonial, como un área marginal del Imperio Portugués.